



Dolor y Esperanza de Jaime Eyzaguirre

Por SERGIO GUILISASTI

672262

Confesemos que, hasta cierto día, tuvimos un conocimiento precario del profesor Jaime Eyzaguirre, promaturo y dolorosamente desaparecido. No eran sencillos dos o tres obras suyas —entre ellas su "OTloggia"— y algunos ensayos que, en la década del año 1940 aparecieron en la revista "Estudios" y otras publicaciones, llegaban sostenidos en él treves charcos en el Senado, a donde le solía convidar, a tomar el té, Luis Valencia Avaris, colega suyo en la Academia Chilena de la Historia, y se encontraban imprevistos, es decir, fugaces, epifonías, intrascendentes.

Empero, como se ha dicho, ello hasta cierto día, hasta el día en que le dimos una disertación sobre un tema que le fascinaba: el cumplimiento, en este tiempo, de algunas preferencias que había anulado, en profundidad, 30 años antes.

En esa ocasión se nos reveló el intelectual de cuidadosa cultura, de palabra convincente, ágil y cordada, desarmada de toda retórica; el creyente de una fe que, para él, era levadura de esperanza, y el maestro por autonecesidad, despertó inquietudes, excitó el pensamiento, incitó a la acción.

Ahí, pues, adquirimos la central medida humana y espiritual de Jaime Eyzaguirre, reconocida por sus miles de alumnos, aún por quienes disientan de sus opiniones, de sus juicios. Prueba de ello es el justo homenaje que, a su memoria, se rinde en el IV de los Anales de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile, publicación en la que sus ex alumnos Mario Correa Saez y Horacio Aránguiz Donoso recuerdan su nombre y su labor docente.

Al abandonar la casa donde tuvo lugar la reunión, la noche se había madrugada. Bien espesas las sombras, galopaba un viento helado. Nuestra alma estaba poblada de reflexiones, de imágenes; además, de una segura certeza: haber escuchado a un hombre auténtico, adherido con varonía a sus principios, activo e insobornable, que hizo de cada acto de su vida una locución magistral. Es que pertenecía a una clase que él definió, alguna vez, de "firme y sobrio, educado en la austeridad y el esfuerzo, como

la vieja noblera de Castilla".

Por eso, porque no era preciso a las transacciones, a los acomodos, a las capillas, a los partidismos, no disfrutó, como merecía, de premios nacionales, de halagura económica, de viajes gubernativos, de visitas en dólares, de aplausos comprometidos y comprometedores.

Y no es poca cosa conservar idealismos en esta época de las bondas y violentas mutaciones, que deprecia, cada vez más los valores del espíritu, de la honradez existencial y filosófica, de la tradición.

Ahora, al leer su obra póstuma, "Hispanoamérica del dolor" —diríase su testamento político— recordamos ese encuentro con Jaime Eyzaguirre, porque en estas páginas, como en aquella oportunidad, el maestro entrega, con pasión, ideas que quiere vaciar de la pesadumbre a la luz, ideas por las cuales luchó durante toda su ejemplarísima existencia.

Ahí está lo mejor de sí mismo, sus ensayos sobre Chile; sobre Hispanoamérica; su mirada hacia Bello, sobre don Alonso de Berrío, el exiliado del amor y del desengano; la parábola de don Quixote; sobre Itabai, que era, al decir suyo, el corazón de España. Y, en cada uno de ellos, aflora la fidelidad a un pensamiento que jamás fue traicionado en las actas, porque, como él mismo lo afirmó: "sólo él que se siente depositario de un mensaje escrito con la tinta de los siglos es capaz de marchar por ruta firme y con fe inquebrantable".

Como ese mensaje le develaba, Jaime Eyzaguirre lo exponía en la cátedra, en el libro, en la tribuna, en el diálogo privado.

Sin embargo, más allá del escritor y del conferenciante, había en él, habilitándolo, el maestro verdadero que siempre sabe dar y no pedir.

Al igual que Bello, era, por esencia, un profesor que empujaba a sus alumnos a buscar por sí mismos la verdad y el saber. El retrato que el poeta del insigne vegotolano, en este volumen, pareciera tenerlo a él como modelo, pues también guardó respeto frente a la personalidad de cada alumno y, también él, sin impaciencias, egotismos ni ambiciones, se quedaba atrás, contemplando el nacer espontáneo de las vocaciones, el suave germinar de las semillas.

Jaime Eyzaguirre amaba a España con un amor fervoroso y sincero, que ningún interés entibió. Más que hispanista, que —en sus palabras— es la actitud del extranjero que admira desde fuera las rasgas de la cultura ibérica, era hispano, porque sería, para él chileno, "es signo de filiación, no postura servil o imitativa".

Desperfiladas por el tiempo las agudas aristas que la Madre Patria cinesó en el rostro de Chile y en el carácter de sus habitantes, hoy, en pleno siglo XX tiene vigencia la definición que hiciera de nuestro país, no sin impulso, el escritor Agustín de Foxá: Chile es una España atemperada por la corriente fría de Humboldt.

En razón de ese amor ardiente a la Madre Patria, Jaime Eyzaguirre nunca fue infiel a las propias esencias. Aseveraba que sólo cabe avanzar con paso firme por el camino de la tradición, que para él no era una nostalgia, sino una esperanza.

Cristiano de encendida fe, logró consagrar, sin la más mínima concesión, el ideal con la realidad, el espíritu con la idea; hombre de conciencia, jamás desoyó su voz interior. ¡Cuántos como él...

Le preocupaba Chile, su pasado, su presente, su porvenir, su sentimiento de independencia y de libertad, el respeto entre las discrepancias, su convivencia pacífica, su raro nivel de serenidad para encarar sustanciales reformas políticas y sociales que "han caminado más rápidamente de lo que creían los demagogos y de lo que desear los retrógrados", según escribió. Además, en alta grado, inquietábase su afán de salvar nuestra individualidad, para tener algo auténtico y original que decir; y reputaba laruz de hoy y de mañana

defenderla de las mistificaciones y de los fáciles venenos que, a pretexto de justicia y de progreso, se quieren introducir desde fuera.

A la América hispana y cristiana, India y española, el profesor Eyzaguirre la instó para que busque sin desmayo su definición en lucha consigo misma y los demás, con el objeto de que el espíritu de los pueblos que la integran no sea barrido y echado destado a la moda para que ahí los coja el primer imperalismo que pare. "Encuentrense por el filo brío de las palabras —agrega— hemos hablado cien años de libertad y cien años la hemos enterrado políticamente con nuestra hielera vergonzosa de tiranías".

Por tal motivo, subrayaba, hoy Ibero-América no se pertenece a sí misma y es hora de desprenderse de lazos extrínsecos para recobrar su "voz intrínseca".

A pesar de todo, creía en el destino propio de América latina.

Con angustia unánime, a Jaime Eyzaguirre le duele Chile, la patria ética, y le duele Hispanoamérica, la patria grande.

Como el Quijote, caballero y cristiano, posee la vivificante virtud de la esperanza, que, según él, "le hace sobrelevar con igual serenidad, con igual temple y resolución, el momento feliz que el instante desgraciado; que sueña que ni hay azar ni hecho sin sentido; que muestra las cosas, no en su superficie sino en su hondura, no en su apariencia sino en su contenido vital".

Por ello, jamás abandonó su palabra, porque callar le parecía consentir en una muerte que rechazaba. Y, como no calló, su espíritu sigue vivo como una antorcha, como una espada, como un símbolo.

El Mensajero

31-VIII-64-87p
Vol 5

Dolor y esperanza de Jaime Eyzaguirre [artículo] Sergio Guilisasti Tagle.

AUTORÍA

Guilisasti Tagle, Sergio, 1923-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Dolor y esperanza de Jaime Eyzaguirre [artículo] Sergio Guilisasti Tagle.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile